

# Le llano en flammes

*Prefacio a la edición de Gallimard*

J. M. G. Le Clézio

En julio de 1945, en el último número de *Pan*, una revista literaria de provincia y tiraje limitado, un hombre de treinta años de mirada un tanto triste, de rostro a la Bogart, originario de Apulco —pequeño pueblo del estado de Jalisco—, archivistista en la oficina de Migración en la Ciudad de México, publica un cuento muy corto que entonces pasa desapercibido y que sin embargo va a trastornar la historia literaria de México y hacer conocer a su autor en el mundo entero: “Nos han dado la tierra”. El mismo año, en la misma revista, en noviembre, aparece otro cuento, tan conciso y brutal como el primero, “Mascario”. Tal es el comienzo de la aventura literaria breve e intensa de Juan Rulfo.

Habrà, pues, que esperar ocho años, después de la publicación de otros cuentos, entre ellos el magnífico “¡Diles que no me maten!” en la revista *América*, antes de que un editor reúna en 1953 los relatos de *El llano en llamas* en el Fondo de Cultura Económica, la mayor editorial pública de México. La colección es seguida en 1955 por una novela, *Pedro Páramo*, crónica de la muerte de un cacique en Comala, de la cual el novelista García Márquez sacaría más tarde la materia de su *Cien años de soledad*.

A partir de esta fecha, publica aún algunos textos cortos destinados a servir de guiones para

películas sin gran valor, escribe textos críticos, viaja por Europa, por América Latina, da algunas conferencias. Se apasiona también por la fotografía, toma numerosas placas expresionistas del México rural (trabaja entonces en Recursos Hidráulicos en el estado de Veracruz) que sólo verán la luz a título póstumo (*Inframundo*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México). Realiza por encargo una monografía del estado de Colima. Pero, en realidad, deja de escribir, y mantiene un silencio obstinado hasta su muerte, el 7 de enero de 1986, a la edad de sesenta y ocho años.

Hay algo de admirable en una obra a la vez tan breve y tan madura, tan reflexiva. En las primeras líneas de “Nos han dado la tierra”, todo el universo de Rulfo encuentra su lugar: un mundo fracturado, asediado por la muerte y el espíritu de venganza, donde los hombres y los elementos caen en un remolino fatal que los engulle y los destruye. Un mundo reducido a lo esencial, lacónico, desnudo hasta los huesos, contado en primera persona, de una voz monótona y por tanto cargada de emociones como un cielo tempestuoso, impregnado de irónica desesperación y de un coraje palpitante. Un mundo en el que cada sombra, cada relieve, árbol o arbusto, arroyo o casa, resalta con una precisión casi simbólica esa tierra arenosa donde hombres y mujeres semejantes a espectros

*Le llano en flammes* fue editado por Gallimard en Francia en 1979 y reeditado en 2001 con este prefacio como parte de la colección *Du monde entier*. Las cuatro fotos que acompañan el texto proceden del libro *Juan Rulfo, letras e imágenes* publicado por Editorial RM en 2002. *Los Universitarios* las reproduce con la anuencia de la Fundación Juan Rulfo.



Juan Rulfo, *Puerta del cementerio de Janitzio*

siembran el maíz, esas placas de tepetate pálidas donde nada retoña, los ladridos de los perros, los buitres que sobrevuelan y, semejantes a los antiguos dioses crueles, el sol y la luna, las estrellas en el cielo invernal: ese pueblo de Comala o de San Juan Luvina, como un comal recalentado sobre el que se asan las ilusiones humanas. Y en fin, a cada instante de la existencia, como un aliento lóbrego, el submundo donde se ocultan los deseos y las esperanzas, y donde brotan el mal incomprensible y la soledad tenaz.

Se ha dicho de Juan Rulfo (sin duda porque el misterio del hombre inquieta y desconcierta) que él es el último de los “costumbristas”, la escuela naturalista iberoamericana, nacida del *Martín Fierro* argentino y de *Los bandidos de Río Frío* mexicana, que ha trascendido la vida de los pobres indios peones y ha arraigado la literatura en el suelo del Nuevo Mundo. El mismo Rulfo ha reconocido su deuda con estos novelistas populares, en especial Martín Luis Guzmán, Gregorio

López y Fuentes o Mariano Azuela, que él llama los “novelistas de la revolución”. En una de sus raras charlas literarias, dijo: “Los novelistas de la revolución no sólo son los cronistas de los acontecimientos históricos de los que han sido testigos. Son sobre todo los descubridores de una literatura que nace y muere con ellos”.

La revolución de la que habla Rulfo no es solamente el gran trastorno social de 1910 que derrocó la dictadura de Porfirio Díaz y puso fin a un poder feudal de grandes hacendados terratenientes. Esa revolución está en el corazón de su propia historia, es el drama que padeció durante su infancia y que lo muestra diferente: la revolución de los cristeros.

En 1925, luego de la decisión del presidente Plutarco Elías Calles (en aplicación de un artículo de la Constitución de 1917) de establecer el control absoluto de la religión por parte del Estado y la clausura de las iglesias, la mayor parte de la población de los estados rurales del centro de México se subleva contra el gobierno central, ini-



Juan Rulfo, *Calle de un pueblo*

ciando una rebelión que enseguida será conocida como la “guerra de los cristeros”, sobrenombre que burlándose daba el ejército federal a los insurrectos del santuario de Guadalupe en Guadalupe que se batían al grito de “¡Viva Cristo Rey!”. Esta revolución —pues así le llaman los sobrevivientes aún hoy en día— se propagó rápidamente a través de todo el país, de Nayarit hasta Oaxaca y Veracruz y, durante cuatro años, hasta 1929, dio lugar a combates encarnizados y, por una parte y otra, a excesos de crueldad.

Toda la obra de Juan Rulfo nace de esta tragedia, cuando el mundo campesino mexicano tradicional, religioso hasta el fanatismo, enfrenta sin preparación las tropas de Calles: campesinos de huaraches, portadores de machetes y de escopetas del siglo pasado, contra el ejército profesional del gobierno, provisto de fusiles de repetición y cañones, apoyado por la aviación.

Juan Rulfo fue niño en el curso de esta guerra (tiene once años al estallar el conflicto). El estado

de Jalisco, especialmente la zona de San Gabriel, está al centro de los enfrentamientos, cuando los cristeros, en inferioridad numérica, practican la guerrilla y las emboscadas (las murallas de piedra sepia que serpentean a través de las colinas son las defensas de los insurgentes, como en la Vandée en la época de los chuanes). Las imágenes que Juan ha transmitido son las represalias del ejército federal, las ejecuciones sumarias, los prisioneros colgados de los árboles a la entrada de los pueblos; pero también las venganzas ocultas, los ajustes de cuentas (el propio padre de Rulfo muere asesinado en 1924, en el periodo de conflictos que precedió a la guerra, y su abuelo fue colgado por los bandidos y sus pulgares arrancados). Cuenta que de niño su madre le vendaba los ojos para que no viera pasar a los cristeros arrastrando a sus prisioneros hacia el lugar donde debían fusilarlos.

El horror de la guerra civil Rulfo lo vivió desde adentro, sin comprender las apuestas (y por ello jamás toma partido): el furor de los cristeros



Juan Rulfo, *Mujeres y niños de Cholula*

montando al asalto, la crueldad de la represión de los federales, la hosquedad de los combatientes de los dos campos que no hacían prisioneros, las haciendas saqueadas, los pueblos incendiados. Rulfo habla de esta guerra religiosa, y no con la abstracción de los catrines, estos ciudadanos burgueses que duermen en sus camas y se befan de la superstición del campo. Nos habla como de un sentimiento violento, visceral, sin el cual no puede vivir la gente de los Altos. Su revuelta no es una contrarrevolución armada por el Vaticano: alcanza a todo tipo de gente, sean hijos de grandes propietarios o indios agarrados a una bolsa de maíz o frijoles, sean descendientes de españoles —como Victoriano Ramírez “el Catorce”— o simples vaqueros —como Anatolio Partida de San José de Gracia.

El teatro de la guerra es el Llano en llamas, esta extensión que va de Jalisco hasta Michoacán, donde los campesinos cruzados de Cristo Rey han reinado como amos entre 1927 y 1929, y que

comprende todos los lugares mencionados en los cuentos de Rulfo: Toxín, Apulco, San Gabriel, Talpa, Tuzcacuesco, Autlán, Teocaltiche, hasta Mazamitla, en la frontera con Michoacán, y el río Armería, cerca del volcán de Colima. Sobre esta tierra áspera y difícil, la violencia, dice Rulfo, es natural, y la guerra una fatalidad, en la que la Ciudad de México juega el papel de César arbitrario, y el campesino insurrecto el del sacrificio, en nombre de una religión donde el único sacramento verdadero es el de la muerte... el “bautismo de sangre”, según decía el cristero Aurelio Acevedo.

Y cuando en junio de 1929, al inicio de esta locura, los cristeros deponen las armas, no es la paz la que sobreviene en el Llano, sino un sentimiento de amargura, de abandono, la traición y el dolor de la derrota. La muerte ha golpeado, el país está en ruinas (sólo en el año de 1929 y sólo en la región de los Altos de Jalisco, la guerra ha costado diez millones de pesos y causado más de cuatro mil muertos en



Juan Rulfo, *Casa en ruinas*

las filas de los insurrectos), y nada parece haber cambiado, ni en la miseria de este pueblo quemado ni en la incomprensión de los funcionarios de la Ciudad de México de cara al mundo rural (como un testigo de lo que cuenta de modo cómico en “El día del derrumbe”).

Esta guerra religiosa, ha dicho Rulfo, habrá sido el gran asunto de las mujeres, que han sostenido a los hombres y han participado en los combates. Son a veces las víctimas de estafadores como Anacleto Morones, pero su fe las liga a la tierra infértil hasta el heroísmo. En este mundo de violencia, ellas son las que se resisten a los secretos de las familias, al triunfo cruel de los hombres, a las envidias, al incesto, al deshonor.

La tragedia de los cristeros está presente a cada instante en los escritos de Juan Rulfo. Sólo alguien nacido durante esta guerra, y que perdió mucho, podría escribir una obra tan cruel y necesaria. Pero no hay que equivocarse. Rulfo no es un escritor de la revolución, como no es costum-

brista ni regionalista. Sus cuentos no trascienden la revuelta de los cristeros, y no le dan explicación. La universalizan. Al escribir “Nos han dado la tierra”, “Macario” o “La noche que lo dejaron solo”, Rulfo inventa un lenguaje que sólo a él le pertenece, como lo han hecho Giono, Céline o Faulkner a partir de su conocimiento de la guerra o del racismo. La lengua de Rulfo lleva en sí todo un pasado, la historia de su infancia. Como lo ha dicho su amigo de sus comienzos, Efrén Hernández, Juan Rulfo es un “escritor nato”. Su oralidad no es una transcripción, es un arte, que incuba lo real y lo reinventa. Esta apropiación es la que da a su escritura la fuerza de la verdad. *El llano en llamas* bulle en la memoria universal, cada uno de sus relatos nos deja una marca indeleble, que dice más que todo el absurdo irreductible de la historia humana, y hace nacer el fervor de la emoción, nuestra única esperanza de redención.

TRADUCCIÓN DE FEDERICO CAMPBELL 